Los hermanos López Rayón en la guerra de independencia: base social y estrategia de acción en el oriente michoacano, 1810-1817

The Lopez Rayon brothers in the War of Independence: Social base and action strategy in the Eastern Michoacán, 1810-1817

Ramón Alonso Pérez Escutia
Facultad de Historia
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
ORCID ID: 0000-0002-0535-7258

Resumen

Tal y como lo han demostrado autores como Eric van Young, la guerra de independencia se desarrolló con sus particularidades y ritmos en las distintas regiones de la Nueva España. En el caso que nos ocupa es la del oriente de la intendencia de Valladolid de Michoacán, en donde salieron a relucir agravios y conflictos en esta coyuntura los que se ventilaron en los campos de batalla entre los diversos protagonistas involucrados. De particular relevancia fue la actuación de los hermanos López Rayón, quienes integraron columnas armadas con una sólida preparación y efectividad de operación lo que les permitió mantenerse vigentes hasta muy avanzado el tiempo de la conflagración y cuyas secuelas se percibieron al momento de concretarse la independencia.

Palabras clave: guerra de independencia, organización regional, control militar, Michoacán, hermanos López Rayón

Abstract

As authors such as Eric van Young have shown, the War of Independence unfolded with its particularities and rhythms in the different regions of New Spain. In the case that concerns us, in the East of the Valladolid de Michoacán administration, where grievances and conflicts came to light at this juncture, those that were aired on the battlefields, among the various protagonists involved. Of relevance was the performance of the López Rayon brothers, who integrated armed columns with a solid preparation and effectiveness of operation, which allowed them to remain in force until well into the time of the conflagration and whose consequences were perceived at the time of Independence.

Keywords: War of Independence, regional organization, military control, Michoacán, López Rayón brothers

Cómo citar este artículo: Ramón Alonso Pérez Escutia, "Los hermanos López Rayón en la guerra de independencia: base social y estrategia de acción en el oriente michoacano, 1810-1817", en *Dicere*, núm. 6 (julio-diciembre 2024), pp. 72-87.
Recibido: 6 de junio de 2022 • **Aprobado:** 31 de julio de 2023

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

Introducción

El objetivo principal de este trabajo es realizar, con el uso de las fuentes documentales y bibliográficas disponibles, una aproximación lo más precisa posible a lo que fue el protagonismo de los sectores sociales marginales en el movimiento de independencia en una región concreta: el nororiente de la Intendencia de Valladolid. Salvo propuestas como las de John Tutino y Eric van Young poco se ha reparado en el panorama historiográfico especializado en Michoacán en el amplio protagonismo que tuvieron esos segmentos de la población en esta trascendental coyuntura histórica, por lo que se pretende ubicar su presencia, convivencia cotidiana y participación militar al lado de los personajes que la historia de bronce ha consagrado como los héroes constructores de la patria, como es el caso de los hermanos López Rayón.

De tal suerte que estemos en condiciones de generar algunas explicaciones sobre las motivaciones, roles desempeñados en este complejo proceso histórico y el impacto suscitado por el involucramiento en diferente magnitud de aquellos hombres, mujeres, ancianos, discapacitados y niños la gran mayoría de ellos anónimos al no ser visibilizados en modo alguno por el quehacer historiográfico. Estos actores sociales integraron tanto las tropas insurgentes como las realistas, así como sus respectivas estructuras logísticas de apoyo en diversos ámbitos y cuyo estudio ha ocupado un espacio secundario en los trabajos que se han realizado sobre este periodo de la historia nacional y regional.

La catarsis inicial

La demarcación geográfica que nos ocupa comprendió lo que en la territorialización de finales de la época colonial fueron las subdelegaciones con cabeceras en Zitácuaro, Tlalpujahua y Zinapécuaro, de la Intendencia de Valladolid, en las que se encontraban comprendidos en conjunto los reales de minas de Tlalpujahua, Angangueo y Otzumatlán, así como los importantes pueblos de Maravatío, Taximaroa, Irimbo, Tuxpan y Jungapeo, con sus respectivas comarcas agrícolas, en las que había fincas de campo de diversas extensiones; y comunidades indígenas agobiadas por condiciones de pobreza y marginación.[1]

La intensa actividad desarrollada alrededor de la extracción e industrialización del oro y la plata, desde mediados del siglo XVIII convirtió a esta comarca en una de las de mayor dinámica económica de la Nueva España y, al mismo tiempo, en una en donde la polarización económica y social entre los diferentes estratos de la población se hicieron más evidentes. Ello explicaría en gran medida la especial virulencia con la que se desarrolló la parte armada de la guerra de independencia y los diferentes conflictos de interés que se dirimieron en ese marco general, principalmente por el control de la riqueza minera y agropecuaria.[2]

A las causas y circunstancias genéricas que precipitaron y dieron sustento a la lucha armada en la región que nos ocupa se sumaron otras más específicas y emblemáticas, como fue el caso de la inconformidad y rebeldía de los hermanos Hidalgo y Costilla en su carácter de propietarios de las haciendas de Jaripeo el Alto, Santa Rosa y San Nicolás, ubicadas en el partido de Irimbo, para dar cumplimiento a lo dispuesto en la *Cédula de Consolidación de Vales Reales* en el periodo 1805-1809, situación que habría influido en su ánimo para involucrarse de lleno en la preparación y desarrollo de la sublevación en su primera etapa.[3]

La participación de individuos y grupos de los diferentes estratos socioeconómicos de la porción nororiental de la Intendencia de Valladolid en la organización del movimiento insurgente, fue evidente desde un primer momento y motivada tanto por las causas estructurales que lo sustentaron así como por la promoción perso-

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

nal efectuada por el bachiller Miguel Hidalgo y Costilla, con el respaldo de varios individuos de su círculo de relación familiar y social como lo ilustran los casos de Luis Gonzaga Correa y el doctor Antonio María Uraga Gutiérrez, quienes fueron identificados como prominentes participantes en la Conspiración de Valladolid de 1809. El primero de ellos habría comprometido la adhesión a ese proyecto de importantes segmentos de las comunidades indígenas de Zinapécuaro, Taximaroa, Tuxpan y Zitácuaro, así como de rancheros del rumbo y vecinos del real de minas de Otzumatlán. Mientras que el segundo, al parecer, persuadió a los comuneros de Maravatío y otros pueblos de su parroquia, con la promesa de la devolución de las tierras usurpadas por los latifundistas de la comarca al triunfo de la sublevación.[4]

Cuando se inició el vendaval revolucionario en el distante curato de la Congregación de Dolores, con el bachiller Miguel Hidalgo y Costilla a la cabeza, las noticias sobre su evolución llegaron rápidamente al oriente michoacano y de inmediato varios de los protagonistas de la frustrada conspiración vallisoletana, así como otros grupos y actores sociales, lo secundaron sin mayores condicionamientos. Los preparativos y primeras acciones debieron efectuarse durante los 40 días transcurridos entre la salida de Hidalgo de su parroquia de adscripción y su paso triunfal por el valle de Maravatío.[5] Personajes como el ranchero José Antonio Fernández congregaron en torno suyo a indígenas, jornaleros de las minas y agrícolas, artesanos, pequeños arrendatarios, arrieros e individuos de otras ocupaciones, en circunstancias no precisadas emprendiendo la revuelta en la comarca de Maravatío-Zitácuaro. Se presume que el radical proceder de estos contingentes fue lo que en buena medida motivó la irrupción en el movimiento de los hermanos López Rayón, pues el licenciado Ignacio López Rayón presumiblemente, persuadió a Fernández para no tomar y saquear el pueblo de Maravatío y las fincas de campo de su entorno.[6]

Cuando el ejército de Hidalgo estuvo en este último lugar en tránsito hacia el valle de México, además de ese profesionista, otros personajes como el ranchero Benedicto López fueron investidos de facultades para sublevar comarcas como la comprendida entre Zitácuaro, Tuxpan y Taximaroa, siendo secundado también por núcleos de comuneros, peones, agricultores en pequeños, arrendatarios, artesanos y cargadores, con diferentes niveles de convicción y expectativas en aquella inédita movilización. El proceder de Benedicto López fue sumamente moderado si se compara con el tenido por otros caudillos del momento, como Gerónimo Ulloa y Benito Loya, este último al grado de ser considerado como un vulgar ladrón que se aprovechaba de las circunstancias y que, por lo tanto, demeritaba los nobles propósitos de la insurrección.[7]

La decidida participación de amplios sectores de la población aquejada por condiciones de pobreza y marginación en la lucha independentista generó el malestar y la permanente preocupación de los miembros de las elites de poder económico, por el eventual cobro de resentimientos y agravios. Cuando se difundió en nuestra comarca la información en detalle sobre el inicio del movimiento insurgente, las autoridades y vecinos caracterizados del mineral de Angangueo se reunieron para evaluar la situación, hacer profesión de fidelidad al régimen virreinal y adoptar providencias en aquella inédita coyuntura. Por lo tanto, la elite empresarial presidida por Francisco de Paula Rivera se propuso "impedir la entrada en masa de los insurgentes, como para estorbar el que alguno o algunos de sus satélites penetrasen hasta aquí y derramasen en el incauto y débil pueblo alguna semilla de sedición o alboroto que cundiendo y propagándose nos causaría mayores males, y *nos expondría a los insultos*

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

y temeridades de un populacho sin freno, y sin los sentimientos que adornan a todo hombre de bien y virtuoso ciudadano".[8]

Una percepción similar se advirtió entre los vecinos acomodados de la villa de Zitácuaro, los que el 20 de octubre a través del subdelegado, Vicente Chacón, expresaron al virrey Francisco Venegas las dificultades para mantener la paz y tranquilidad públicas toda vez que existía,

> […] *una plebe movida y dispuesta a unirse con los enemigos; con una indiada numerosa e ingrata*, que acabándosele de hacer la gracia de eximirla del tributo, habiéndosele por mí y por el señor cura expresado por muchas veces que nada tenían que hacer ni esperar a los sublevados, porque lejos de poder favorecerlos, antes bien tratan su destrucción, y que por lo mismo ni ocurrieran a su llamado ni obedecieran sus órdenes. Pero en cuanto supieron que se acercaban a esta jurisdicción, corrieron a bandadas a unírseles y a prestarles todo auxilio insultándome con descaro a mí y al ilustre ayuntamiento con el vecindario […] [9]

Aquel incierto y caótico escenario en el oriente michoacano quedó objetivamente contenido en la descripción efectuada por el brigadier realista Diego García Conde, prisionero de las fuerzas de Hidalgo, quien refirió el desplazamiento de éstas cuando partieron,

> […] el día inmediato para Maravatío y de allí para la hacienda de Tepetongo y a poco de haber salido de esta población hubo una alarma, diciendo que los gachupines se iban apareciendo en la loma inmediata, con cuyo motivo se hizo avanzar el ejército, que según el desorden en que marchaba siempre, y la gran cola que hacía, esta operación era de muchas horas, *pues los indios iban cargando a sus hijos, carneros y cuartos de res, y es de advertir que de los saqueos que hacían se llevaban las puertas, mesas, sillas y hasta las vigas sobre sus hombros*.[10]

Del caos al orden

El dinámico Benedicto López fue el primero en demostrar que era factible imponer el orden y la disciplina entre aquellas heterogéneas masas humanas, que secundaron la insurgencia y ello le permitió obtener la importante victoria sobre las tropas realistas al mando del oficial Juan Bautista de la Torre, en mayo de 1811, aunque no quiso o no pudo impedir que los comuneros del rumbo de Tuxpan se tomaran justicia por su propia mano masacrando a este sujeto en venganza por su crueldad y excesos. La disciplina y capacidad de planeación lograda por las tropas de Benedicto López, tras escasos nueve meses de desempeño en el movimiento independentista, les permitieron otro sonado triunfo un mes después sobre la bien organizada división del coronel Emparan.[11] De tal suerte que, los insurgentes quedaron en el virtual control del oriente michoacano en donde el licenciado Ignacio López Rayón procedió unas semanas después a instituir la Suprema Junta Nacional Americana (SJNA).[12]

Tras el arribo de este personaje a esta porción de la geografía novohispana, luego de su azaroso regreso del norte del país en donde se separó de los principales caudillos insurgentes, las actividades de disciplina y cohesión del desempeño de las fuerzas insurgentes se constituyó en una de las prioridades para los hermanos López Rayón y demás oficiales que se pusieron a su servicio al reconocer el proyecto y expectativas de la SJNA. Ello se hizo manifiesto en los tres importantes episodios armados que protagonizaron en la región que nos ocupa en el transcurso del sexenio comprendido entre 1812 y 1817. En su conjunto, todo ello, tuvo un alto impacto en el posicionamiento de la insurgencia desde la perspectiva militar: la defensa de la villa de Zitácuaro y de los fortines construidos de manera sucesiva en el cerro del Campo del Gallo, en las inmediaciones de Tlalpujahua; y la mesa Cóporo a la entrada de la cañada de

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

Jungapeo. Si bien en los tres casos, a final de cuentas, se impusieron las tropas realistas quedó plenamente manifiesta la capacidad de organización y desempeño de los actores sociales que apoyaron al movimiento independentista en su momento medular.

Sobre este particular una cuestión que nos planteamos durante el diseño y elaboración de este trabajo fue ¿cómo lograron los hermanos López Rayón instrumentar con un alto grado de eficiencia, una estrategia de acción para mantener durante ese lapso la lucha armada contra el ejército virreinal en una zona situada a escasos 150 kilómetros de la ciudad de México? Una parte importante de la respuesta a esta interrogante lo constituye sin duda el hecho de que pudieron disponer de los recursos de oro y plata, sin que conozcamos con alguna aproximación su cuantía, que se explotaron en los reales de minas de Tlalpujahua y Angangueo. Estos lugares los que mantuvieron en su poder buena parte del tiempo no obstante los muchos vaivenes que tuvo la confrontación con las fuerzas realistas, las que de paso se manifestaron incompetentes para asumirse con el control permanente de los puntos estratégicos del oriente michoacano.[13]

Fue precisamente la capacidad de articular una economía regional sustentada en el uso de las monedas acuñadas en lugares como Tlalpujahua, Angangueo y Tuxpan, en aquellas aciagas circunstancias, lo que permitió a los hermanos López Rayón y la oficialidad a su mando atraer al bando insurgente a núcleos de la población que fueron afectados por el colapso de la infraestructura productiva en el centro de la Nueva España. La información disponible pone de manifiesto que, en el tiempo posterior al desempeño de la gran masa insurgente, que fue destrozada por las tropas de Félix María Calleja en la batalla de Puente de Calderón, fue regularizado un sistema de remuneración para los integrantes de las cuadrillas independentistas cuyas percepciones fluctuaron en función del rango y rol desempeñado dentro de éstas.[14]

Los dirigentes del movimiento independentista en el oriente michoacano implementaron una compleja división social del trabajo, aprovechando las aptitudes, capacidades y experiencia de los contingentes de comuneros, jornaleros agrícolas, operarios de las minas, artesanos, arrieros y de otros oficios que estuvieron a sus órdenes, lo que hizo posible las sucesivas fortificaciones y defensas de Zitácuaro, el Campo del Gallo y Cóporo. Los tres eventos proporcionaron conocimientos que en buena medida coadyuvaron a perfeccionar estos métodos de lucha al grado de que la rendición de los defensores del último de esos lugares, fue producto de una negociación más que de la capacidad de asedio de las fuerzas realistas, las que al mando de experimentados comandantes como Ciriaco de Llano, Agustín de Iturbide y Matías Martín de Aguirre, fueron enviadas en diferentes momentos para intentar tomarla a sangre y fuego pero sin concretar ese propósito.

La existencia de una tropa insurgente más o menos organizada y una infraestructura de logística de apoyo que contaba con percepciones económicas en función de su rango por su desempeño, se corrobora en el contexto de las sentencias dictadas a principios de 1811 por el Consejo de Guerra establecido por el brigadier José de la Cruz, en contra de varios individuos que fueron detenidos en la comprensión de Acámbaro-Zitácuaro. Tal fue el caso de tres sujetos condenados a muerte radicados en el mineral de Angangueo: Gregorio Márquez, "por haber servido y recibido paga en el Ejército de los Insurgentes"; José Antonio Rodríguez, aprehendido en posesión de un machete y "haber servido de sargento en los rebeldes"; y José María Barrón "por haber servido de cabo 24 días a los rebeldes ganando 4 reales". Similar suerte corrió Rafael Rivas, vecino de Tarandacuao, "por haber servido 5 días a los rebeldes, ganando en cada uno 2 reales". A su vez, José Antonio Domínguez, de San Juan Zitácuaro, tuvo el mismo destino "por aprehendido con

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

puñal y lanza y haber servido en los rebeldes desde el 16 de noviembre, ganando 19 días a 4 reales y el resto a 1 peso". Llama la atención el caso de José Cecilio, del pueblo de Turundeo, "por haber servido de espía a los rebeldes, cuatro días ganando 4 reales". Mientras que Manuel Martínez, vecino de Maravatío, además de haberse sumado a la insurgencia, en la que percibía entre 2 y 4 reales diarios, fue señalado como desertor del regimiento realista de Valladolid.[15]

La brutalidad con la que el ejército realista desalojó a los insurgentes de la villa de San Juan Zitácuaro y procedió a la destrucción de ésta, en la primera quincena del mes de enero de 1812, puso de manifiesto la decisión de las más altas autoridades virreinales, en abierto contubernio con los miembros de los grupos de poder económico que debieron abandonar la región oriente de Michoacán para preservar sus vidas, para restaurar el *statu quo* vigente hasta antes de inicio de la guerra de independencia. En ese tenor, el principal referente y prioridad lo constituían la completa recuperación del control de los estratégicos minerales de Tlalpujahua y Angangueo, lo que chocaba abiertamente con la expectativa de los insurgentes congregados en torno a la SJNA para utilizar los recursos económicos que se generaban en éstos que dieran viabilidad a este proyecto político y social.[16]

Este proceder ocasionó la reconfiguración geoestratégica de la lucha insurgente en nuestra comarca, pues por una parte las autoridades virreinales ordenaron el traslado de la cabecera de la subdelegación a Maravatío, mientras que los insurgentes se aprestaron en los meses posteriores a la fortificación del cerro del Campo del Gallo, en las inmediaciones de Tlalpujahua, con el propósito de contener con alguna certeza de eficiencia los ataques realistas que tuvieran como propósito la recuperación de ese real de minas. Hacia mediados de ese año se hizo manifiesta para esta porción específica de la Nueva España, lo que John Tutino denomina "las insurgencias populares que pelearon por las visiones de independencia locales y agrarias".[17]

En efecto, para este momento fue muy clara la polarización de los intereses y expectativas de los bandos en conflicto más allá de las posiciones configuradas en el escenario general. Los empresarios mineros, agroindustriales y comerciantes, refugiados en las ciudades de México y Toluca insistieron en el pronto desalojo de los rebeldes para la reconstrucción de la infraestructura productiva que les era tan lucrativa. En tanto que, los insurgentes con el control de los recursos metalíferos, forestales y agrícolas, así como las confiscaciones de productos y dinero en las rutas comerciales que iban entre la ciudad de México, el bajío y el occidente del país, se aprestaban a continuar con lo que se percibía como una lucha prolongada y de severo desgaste.

Fue en este contexto que se advirtió con mayor precisión el desempeño planificado y disciplinado de las cuadrillas insurgentes en la lucha independentista en la región oriente. En ello fueron determinantes factores como la crisis económica que se suscitó desde el inicio del movimiento lo que llevó a amplios sectores de la población local a buscar fuentes de ingresos de cualquier tipo que garantizarán la supervivencia personal y familiar, enfrentando los riegos que ello implicó. De igual modo pesó la convicción con la que fue asumida por muchos la causa en lo que fue muy importante el ascendiente moral y el carisma ganado por los hermanos López Rayón y la oficialidad subalterna de ellos. Además, los territorios controlados por éstos se constituyeron en atractivo natural para individuos y/o grupos proscritos, con razón o no, por las autoridades coloniales para refugiarse lo que seguramente les fue condicionado a que tomaran parte activa en el bando insurgente.[1818]

En este escenario fue que, en el verano de 1812, los hermanos Ramón e Ignacio López Rayón coordinaron los trabajos de fortificación del cerro del Campo del Gallo, en lo que se

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

involucraron en buena medida contingentes de operarios de las minas que fueron habilitados como albañiles, taladores, carpinteros, herreros, arrieros y algunos oficios más especializados, como los propios de la operación de maestranzas, para fabricar armas y municiones de diferentes características. Otros más se integraron en las cuadrillas armadas que fueron capacitadas bajo un riguroso programa por José Ramón, José María y Rafael López Rayón. El abasto de alimentos fue garantizado por los diferentes estratos de la población campesina radicada en las fincas de campo del valle de Senguio, la comarca de Contepec y de los pueblos de indios circunvecinos a Tlalpujahua.[19]

Durante las últimas semanas de 1812 y las primeras del año siguiente, el licenciado Ignacio López Rayón supervisó personalmente el desarrollo de los trabajos de fortificación en el Campo del Gallo, sobre lo cual se advierte la perfecta sincronía de las labores asignadas a los diferentes contingentes insurgentes que se congregaban en torno a él y sus hermanos. Bajo ese escenario, además del acondicionamiento de ese espacio, en el *Diario de Rayón* se enfatizó sobre el esfuerzo para la fabricación de las armas para la eficiente defensa de la posición. El 13 de noviembre se celebró el triunfo de Ramón López Rayón en Jerécuaro, destacando "haberse estrenado un cañón de a doce, vaciado en la maestranza del mismo campo". En ese sentido, poco más de un mes después se anunciaron los adelantos de "la maestranza de fusiles que dentro de muy poco quedarán puestas dos máquinas para el taladro de ellos". El 8 de enero de 1813 salió el primer fusil totalmente terminado cuya calidad comprobó el propio presidente de la SJNA.[20]

En directa relación con esas actividades se desarrollaron las propias de la capacitación de las tropas insurgentes de elite. Particular dedicación tuvo en ello José María López Rayón, quien el 24 de diciembre de 1812 presentó a 50 hombres adecuadamente armados, uniformados y montados, "y que es el principio del regimiento, para cuya creación tiene las facultades necesarias: su nombre, provinciales de Tlalpujahua".[21] De esta referencia se desprende que se trataba en gran parte de individuos oriundos de esa jurisdicción, quizás seleccionados entre rancheros e indígenas que tenían habilidades y experiencia en el manejo del caballo, derivado de su desempeño en el tiempo previo a la guerra en labores agropecuarias y la arriería habituados a todo tipo de rudezas. Su hermano Rafael no se quedó atrás y para marzo de 1813, presumía con sobrado orgullo "su división lucida, bien armada y compuesta de 300 y tantos hombres". Pero alrededor de todo ello se encontraba la directa supervisión del licenciado Ignacio López Rayón pues "no descansa un instante S.E. consagrándose del todo al cuidado de la tropa, maestranzas y oficinas".[22]

La oficialidad que rodeó a los hermanos López Rayón durante la etapa armada del cerro del Campo del Gallo, en buena parte nativa o avecindada tiempo antes de la guerra en diferentes puntos de la región oriente, ilustra sobre la diferente procedencia geográfica, étnica y socioeconómica de sus integrantes. A manera de ejemplo referimos el caso de los criollos Manuel y José María Aldrete de Soria, copropietarios de la hacienda de San Isidro; y los coroneles Vicente y Manuel Retana quienes fueron dueños y arrendatarios de tierras en las haciendas de Yeregé, Tepetongo y Tepuxtepec, por el rumbo de Contepec, en las cercanías de Tlalpujahua. Mientras que de las castas y rancheros procedían personajes como Epitacio Sánchez, comandante de división y su colaborador Atilano García; y subalternos mestizos como el capitán Teodoro López, el sargento mayor Tiburcio Hernández, Ignacio Sandoval e Ignacio Aguado, éstos dos últimos al servicio del despacho del licenciado Ignacio López Rayón. Ambos fueron habitantes del valle de Senguio, en donde arrendaron tierras y generaron la directa relación con Ramón López Rayón, propietario de la hacienda

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

de Carindapaz y otros parajes. En tanto que, el capitán Cristóbal Escalante se desempeñaba hasta antes del conflicto en el giro de minas en Tlalpujahua y Angangueo.[23]

Otros de los principales colaboradores de esas fuerzas insurgentes fue Ignacio Martínez, originario de Querétaro, de los primeros en sumarse a la insurgencia y quien alcanzó el grado de mariscal de campo. Este personaje concurrió a los trabajos de fundación de la SJNA y colaboró en la fortificación de la plaza de Zitácuaro. Su honorabilidad fue muy cuestionada al actuar en el tiempo posterior como visitador general en la comarca de Sultepec. Cabe agregar a esta nómina al criollo y teniente coronel José de Urbizu, hermano de Diego Ramón el esposo de la señora María Teresa López Rayón, copropietario de la hacienda de San Antonio la Carrera en el valle de Senguio. Este personaje no empuñó las armas durante el movimiento, pero al parecer fue el principal artífice de las eficientes maestranzas construidas por los insurgentes en Tlalpujahua y otros puntos. Así como el maestro ensayador de metales Joaquín de Sevilla, originario de Zimapán, quien estuvo vinculado a los López Rayón desde 1812 y el que se encontraba en el grupo del licenciado Ignacio López Rayón que fue aprehendido en diciembre de 1817, por las tropas realistas al mando de Juan Antonio de la Cueva.[24]

Otro importante elemento humano cohesionador del grupo más allegado a los caudillos tlalpujahuenses y las bases sociales de apoyo de éstos, durante la etapa del fuerte del Campo del Gallo, fueron los clérigos que recibieron diversas comisiones las que oscilaron entre efectuar labores de capellanes castrenses, funciones religiosas solemnes, reorganizar el culto, hasta integrar y presidir cuerpos armados en función de las necesidades de la guerra. Entre los primeros se ubica al doctor, fraile mercedario y brigadier Francisco Guerrero quien celebró en el templo principal del mineral de Tlalpujahua la misa conmemorativa del segundo aniversario del inicio de la lucha, recordando a través de su sermón a Hidalgo y demás próceres. Similar rol desempeñó el del mismo rango militar Francisco Lorenzo de Velasco de la Vara, miembro de una familia de la elite social de la Nueva Galicia, editor algún tiempo de *El Ilustrador Americano* responsable del "sermón lleno de unción y de ternura", con el que se celebró la festividad de san Miguel Arcángel, el 29 de septiembre de 1812, en memoria de don Miguel Hidalgo.[25]

Mientras que, al fraile franciscano Pedro Orcilles le fue encomendado en diciembre de ese año, un novenario por la "religiosa y especial devoción a la Madre Santísima de Guadalupe", a cuya parte final concurrió el propio licenciado Ignacio López Rayón con su "acompañamiento y dando orden para que la artillería y columna de granaderos hiciesen la respectiva salva y aumentasen por la tarde el brillo de la procesión, marchando tras ella". El franciscano Orcilles fue instruido en las primeras semanas de enero de 1813, para reorganizar las prácticas de culto entre las tropas independentistas por el rumbo de Tejupilco que se encontraban en una situación de "escandalosa irreligión". En contraste, tras la caída del Campo del Gallo, el carismático bachiller Juan Antonio Romero, ex párroco de San Mateo Irimbo, recibió comisión "para que organice, arregle, vista y arme un cuerpo de caballería, capaz de merecer el nombre de tropa para Taximaroa y sus inmediaciones".[26]

La adecuada sincronización de mandos militares y eficiente uso de los recursos materiales disponibles permitieron a las fuerzas al mando de los López Rayón, operar con éxito durante el año transcurrido en su reorganización tras el desastre en Zitácuaro y el tiempo en que ocurrió el desalojo de sus posiciones en el cerro del Campo del Gallo. Los hermanos Ignacio y Ramón López Rayón desde el momento en que se concentraron en su natal Tlalpujahua se percataron de la importancia geoestratégica de la plaza, tanto para obstruir las comunicaciones e intercambios comerciales

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

entre el valle de México y la zona centro-occidental de la Nueva España, como para generar recursos que permitieran sostener la lucha en puntos cercanos a la capital del virreinato. En ese tenor, las incursiones militares que se llevaron a cabo desde ese mineral comprendieron una circunferencia espacial que englobó la zona de confluencia de Guanajuato y Querétaro, a la altura de Salvatierra, Jerécuaro y San Juan del Río, por donde transitaban atractivos convoyes con dinero, elementos de guerra, ganado y mercancías; el valle de Toluca, la comarca de Zitácuaro y la Tierra Caliente de Michoacán; así como las inmediaciones de Valladolid a través del corredor Taximaroa-Otzumatlán.[27]

Las tropas insurgentes que protagonizaron combates y escaramuzas con los contingentes realistas al mando de personajes como Agustín de Iturbide, se integraron con caballería e infantería ligera, guiadas por exploradores y espías buenos conocedores del terreno, que les posibilitaron el factor sorpresa para golpear con el mínimo de riesgo posible. Los jefes independentistas se asumían entonces con una percepción justiciera para el cobro de los presuntos agravios y vejaciones, infligidos por sus antagonistas realistas sobre la población civil. Tal fue el caso de la batalla librada el 26 de septiembre de 1812, en el pueblo de Jerécuaro, Guanajuato, sobre lo que informó Ramón López Rayón que el propósito específico de la acción fue "sorprender al despuntar el sol al perverso pueblo de Jerécuaro, que hacía días era el punto fatal de donde continuamente salían partidas a robar a los infelices pueblos y haciendas, al solo pretexto de saber habían alojado a alguno de las tropas de la nación". No desaprovechó para reconocer el desempeño de sus soldados ponderando las enseñanzas recibidas ya que "acaba esta corta división de dar el testimonio más inequívoco de su valor, de su obediencia y de cuantas bellas cualidades deben adornar a un soldado".[28]

Una segunda victoria de las fuerzas insurgentes en el pueblo de Jerécuaro, se registró el 6 de noviembre de 1812, en el contexto de la estrategia general de acoso hacia los convoyes realistas para allegar recursos a la causa. La noticia, difundida por el *El Ilustrador Americano,* además de hacer el panegírico del evento aprovechó para enfatizar sobre el desempeño del comandante de la tropa, Ramón López Rayón, en su capacidad para integrar contingentes bien organizados que en nada envidiaban a sus contrapartes realistas. Al respecto se destacaba que,

> […] la bien disciplinada infantería dispersó confusa y desordenadamente a aquellos cobardes y bisoños soldados, desengañados bien a su pesar de que no es fácil vencer a hombres libres que luchan por la independencia y gloria de su patria. Batidos, dispersados y puestos en la más infausta y vergonzosa fuga, cayeron ochenta y ocho en poder de nuestra tropa, después que ésta en dos horas de acción vigorosamente sostenida hizo treinta y siete muertos, entre ellos el malvado comandante de la cuadrilla Agustín Aguirre, dos capitanes y un alférez, europeos.[29]

Los triunfos en los campos de batalla, así como las conmemoraciones religiosas y civiles, fueron motivo de ruidosas celebraciones en el mineral de Tlalpujahua y otros puntos controlados por las fuerzas al mando de los hermanos López Rayón, los que supieron explotar el potencial de las mismas para consolidar la mística, el solidarismo, la camaradería y la moral frente a los muchos vaivenes de un conflicto que se advertía como largo y de resultado incierto. Al respecto cabe citar la forma en que se festejó el segundo triunfo en el pueblo de Jerécuaro del que regresó presurosa a Tlalpujahua la columna de Ramón López Rayón para evadir el acoso de las divisiones realistas. La crónica de *El Ilustrador Americano* mencionó que en este día entró a este real la victoriosa división que alcanzó el triunfo referido; fue muy interesante el espectáculo que presentó a la vista de todo este vecindario, un

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

gentío numerosísimo que salió a recibir a tan dignos defensores de la patria, y los condujo a la plazuela de San Francisco, entre las aclamaciones más expresivas que solo puede inspirar el patriotismo en su mayor fervor…[30]

La imagen contrapuesta se advertía en los momentos de derrota y más cuanto éstas se constituyeron en eventos determinantes para el destino de la porción del movimiento insurgente responsabilidad de los hermanos tlalpujahuenses, como fue el caso del resultado adverso registrado en la batalla librada en Salvatierra por las enjundiosas tropas de Ramón López Rayón, el 15 de abril de 1813, frente a la experimentada columna de Agustín de Iturbide. En su parte de guerra Ramón pondera el habitual valor y disciplina de sus soldados, pero no puede ocultar lo estrepitoso del resultado, 20 bajas entre muertos y heridos, "sin incluir veinte y siete que el inhumano Iturbide tuvo el placer de mandar pasar por las armas en el mismo Salvatierra, de la miserable plebe que se hallaba en las calles de esta ciudad".[31]

El incidente militar en cuestión terminó de persuadir a las más altas autoridades virreinales, presididas ya por Félix María Calleja, de que las fuerzas de los hermanos López Rayón eran vulnerables y susceptibles de ser desalojadas de sus principales posiciones en el oriente michoacano, alrededor de lo cual hacían ya intensa presión los grupos oligárquicos de mineros, latifundistas y comerciantes, encabezados por personajes como el influyente médico Patricio Humana muy allegado a Calleja. Fue en ese contexto que se organizó y operó la columna expedicionaria a cargo de Joaquín del Castillo Bustamante la que en el transcurso del mes de mayo de 1813, desarrollaría el asedió y toma de las fortificaciones del cerro del Campo del Gallo producto de la combinación de una serie de circunstancias y eventos fortuitos, sin dejar de referir los errores tácticos cometidos por los mandos insurgentes, que evidenciaron como pocas veces falta de coordinación en su desempeño, quizás por lo relativamente sorpresivo del ataque realista.[32]

La persistencia en el esfuerzo

Tras el descalabro sufrido en su tierra natal los hermanos López Rayón debieron esperar más de un año para estar en condiciones de intentar de manera consistente el reposicionamiento, de su presencia y capacidad de convocatoria en la región oriente de Michoacán pues las fuerzas realistas que fueron desplegadas para erradicar la insurgencia a cualquier precio no les dieron tregua ni cuartel. Al respecto es necesario destacar que la elite de empresarios mineros agroindustriales y comerciantes, a través del médico Patricio Humana y otros personeros, en el mes de septiembre de 1813, ante el temor de que los independentistas se reorganizaran y pretendieran de nueva cuenta el control de la infraestructura productiva, ofrecieron a las autoridades coloniales una aportación de 55 mil pesos anuales para el sostenimiento de un importante destacamento militar para la eficiente defensa de sus intereses. En esa y ocasiones subsecuentes este grupo de poder económico y social expresó su disposición para integrar cuadrillas contrainsurgentes, en las que tomarían parte empleados de las fincas de campo y operarios de las mismas, sufragando los gastos que se suscitarán en la persecución de los contingentes independentistas.[33]

El virrey Calleja les tomó la palabra a los oligarcas de esa porción de la Intendencia de Valladolid y el dinero aportado se destinó en su mayor parte para sufragar la integración y desempeño del denominado Ejército del Norte, desde finales del invierno de 1814. Este cuerpo armado tuvo sus principales cuarteles en Acámbaro y Maravatío con la consigna de "batir las gavillas de rebeldes que existen en aquel territorio, e impedir que se formen de nuevo, organizar los pueblos, mantener libre la comunicación entre esta capital, Valladolid, Querétaro y el

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

Bajío de Guanajuato, proteger el comercio, la agricultura, el laborío de las minas…"[34] Como se advierte, se trataba justamente de la parte medular del espacio geográfico en el que habían actuado los insurgentes en los tiempos de la fortificación del Campo del Gallo.

De tal suerte que, el esfuerzo de reorganización insurgente debió concentrarse más al sur, hacia la comarca comprendida entre Zitácuaro-Tuxpan y Taximaroa, línea sobre la que rara vez se aventuraban a incursionar las columnas volantes del Ejército del Norte cuyo principal esfuerzo se concretó en torno a la protección de las comunicaciones y el comercio entre las poblaciones y regiones arriba señaladas. Los hermanos López Rayón echaron mano de su capacidad de persuasión para integrar con mayor consistencia en sus mermadas fuerzas, a otras tropas insurgentes con disciplina y experiencia que operaban por el rumbo como fue el caso de las encabezadas por Benedicto López.

En forma simultánea se procedió a la rearticulación de los sistemas de aprovisionamiento de alimentos y pertrechos, el de correos y el de espionaje. El 29 de junio de 1814, el teniente general Ramón López Rayón inició formalmente los trabajos de fortificación del cerro de Cóporo a la entrada de la cañada de Jungapeo. El área geográfica para el abasto de alimentos, pertrechos y otros enseres se situó entonces en la zona de transición hacia la Tierra Caliente, en donde se encontraban haciendas y ranchos que aún conservaban parte considerable de sus hatos de ganado, cañaverales y extensiones para el cultivo de cereales, como las de Laureles y Tiripitío. De los valles de Senguio, Jaripeo y Jacuaro, poco se pudo obtener entonces pues la mayor parte de las fincas de campo ubicadas en ellos fueron expropiadas y sus recursos utilizados para sufragar los gastos del insaciable Ejército del Norte bajo el discrecional proceder de los oficiales al mando.[35]

Las actividades de los insurgentes obligaron a las autoridades virreinales a modificar la estrategia de operación del Ejército del Norte con el objeto de destruir a la brevedad posible las posiciones del cerro de Cóporo antes de que quedaran consolidadas, por lo que las muchas expediciones de asedio se iniciaron en el otoño de 1814 y se prolongarían durante los dos años siguientes. Al frente de los oficiales realistas con amplia experiencia en el combate hacia las fuerzas insurgentes al mando de los hermanos López Rayón, figuraron personajes como Ciriaco de Llano, Manuel de la Concha, Agustín de Iturbide y Matías Martín y Aguirre. La abrupta topografía y la evidente base social de apoyo para con los defensores se constituyó en el principal obstáculo con el que chocaron los esfuerzos del gobierno virreinal.[36]

Ante la imposibilidad de tomar a través de una operación militar las fortificaciones de Cóporo las fuerzas realistas echaron mano de cuanto recurso alterno estuvo a su alcance, desde el chantaje de perdonar o no la vida a Francisco López Rayón; el retorno de la imagen de la virgen de Los Remedios a la villa de Zitácuaro hasta la oferta de indulto general que emitió en el otoño de 1816 el virrey Juan Ruiz de Apodaca, quien sucedió en el gobierno de la Nueva España a Félix María Calleja. La labor de persuasión en ese sentido fue desarrollada entre los insurgentes del oriente michoacano por el oficial Matías Martín y Aguirre y ello suscitó la discusión y fractura entre los grupos independentistas congregados alrededor de los hermanos López Rayón, los que también resentían el desgaste inherente a seis años de protagonismo ininterrumpido en el conflicto.[3737]

Del núcleo duro congregado en torno a los hermanos López Rayón, sin pensarlo mucho, los coroneles Epitacio Sánchez y José de Urbizu fueron de los primeros en aceptar el indulto virreinal arrastrando a la mayor parte de la tropa a su mando. Sin duda alguna que este proceder minó severamente el ánimo de los defensores de Cóporo y habría influido para que, a final de cuentas, en los primeros días de enero de

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

1817, el teniente general Ramón López Rayón estableciera interlocución con Matías Martín y Aguirre para fijar las condiciones de la entrega de las fortificaciones de Cóporo. El acuerdo se concretó la helada mañana del 7 de enero y lo cual fue repudiado por otra porción de las fuerzas que se reunían alrededor de los caudillos tlalpujahuenses, entre ellos el propio Ignacio López Rayón.[38]

Los grupos radicales independentistas no obstante las condiciones crecientemente difíciles propiciadas por la fractura interna mantuvieron la lucha en circunstancias cada vez más precarias. Ante la postura ambigua con la que se asumió durante la mayor parte del año de 1817 el licenciado Ignacio López Rayón, su antiguo liderazgo pasó en los hechos a manos del general Nicolás Bravo, quien respaldó a Benedicto López Tejeda y otros caudillos para retomar el proyecto en torno a una nueva fortificación y defensa del cerro de Cóporo. Fue en ese contexto que antiguos insurgentes como José de Urbizu y los contingentes insurgentes a su mando, con la experiencia acumulada, operaron con eficiencia y contribuyeron a concretar algunos de los propósitos más anheladas por principales autoridades virreinales y la oligarquía regional, como lo fue la captura y cruel asesinato de Benedicto López Tejeda en los últimos días de ese aciago año.[39]

La muerte de este personaje fue un golpe mucho más terrible que la acogida al indulto de los hermanos López Rayón y varios de sus principales colaboradores, a pesar de lo cual buena parte de los sectores sociales que secundaron con firme convicción la causa insurgente persistieron en su postura de rebeldía. De tal suerte que, en la medida de lo posible, integraron y/o apoyaron a cuadrillas rebeldes que mantuvieron el acoso sobre los contingentes realistas que resguardaban la infraestructura productiva, principalmente los minerales de Tlalpujahua y Angangueo y otras poblaciones que se encontraban en proceso de reconstrucción. Ilustrativa al respecto es la carta enviada en marzo de 1818, por el cura interino de Maravatío, Joseph Ignacio Imitola, a los jueces hacedores de la catedral de Valladolid, manifestando que "el padre Hernández sigue colectando con el empeño en lo posible el diezmo, no obstante los temores que le causan los muchos rebeldes que siguen hostilizando estos partidos, hasta el grado de quemar últimamente las pocas casas que se habían reparado en Taximaroa y matar en Irimbo a unos cuantos individuos, entre ellos el juez territorial".[40]

Las fuentes históricas disponibles no lo consignan pero seguramente causó profundo desencanto entre los sectores sociales proclives a la insurgencia del oriente michoacano, que dieron lo mejor de sí en aras de una causa que se ganara con las armas y concretara la justicia social añorada por siglos, el ver marchar en torno a los postulados del *Plan de Iguala* e integrando el Ejército de las Tres Garantías a sus antiguos y en su momento perseverantes caudillos como Ramón López Rayón y Epitacio Sánchez, al lado de sus antagonistas como Vicente Filisola, Miguel Barragán y Luis Quintanar, todos ellos paradójicamente ahora bajo las órdenes de Agustín de Iturbide y Aramburu, de quien muchos vecinos experimentaron personalmente su brutal proceder desde Salvatierra y Jerécuaro hasta el rumbo de Tuxpan y Jungapeo.[41]

Conclusiones

La participación de integrantes de los diferentes sectores sociales radicados en la porción nororiental de la Intendencia de Valladolid en el movimiento insurgente fue motivada por las causas generales que se configuraron en la Nueva España desde varias décadas atrás. Sin embargo, el resentimiento acumulado por la inequitativa distribución de la riqueza proveniente de la infraestructura productiva configurada y explotada en torno a los minerales de Tlalpujahua, Angangueo y Otzumatlán, de lo

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

que fueron principales beneficiarios europeos y criollos, explica en buena medida la especial virulencia con la que algunos grupos y actores se asumieron en la etapa inicial de la lucha, como visible expresión de la catarsis social esperada durante mucho tiempo.

La capacidad de organización demostrada por los hermanos López Rayón generó las condiciones para que los sectores sociales que se identificaron con el movimiento insurgente, mostraran sus talentos y habilidades contribuyendo con alto grado de eficiencia en la fortificación y defensa de la villa de Zitácuaro y los cerros de Campo del Gallo y Cóporo, acciones que resultaron fundamentales para darle continuidad a la lucha en los momentos en que las más poderosas fuerzas coloniales se reagrupaban, para asentar demoledores golpes a sus antagonistas y los que marcarían otros derroteros para la consumación de la independencia, de lo que fueron principales beneficiarios los miembros de las oligarquías.

Los núcleos insurgentes no fueron inmunes a los efectos de un conflicto tan prolongado y desgastante, fundamentalmente los seis primeros años del mismo, por lo que además de los efectos de acoso de sus antagonistas virreinales debieron sortear las discrepancias internas, suscitadas en buena medida por las diferentes opiniones sobre la estrategia y tácticas a seguir para ganar posiciones y consolidar movimiento. Este fue el punto vulnerable que aprovecharon las autoridades realistas y la oligarquía regional para derrotar a los sectores sociales que fincaron sus expectativas autonomistas en la vía armada y los proyectos trazados sucesivamente por Miguel Hidalgo, Ignacio López Rayón y José María Morelos y Pavón, que pretendieron la destrucción de las estructuras coloniales que soportaban las condiciones desigualdad económica y social, más allá de la mera independencia política.

Citas

[1] Gerhard, *Geografía histórica*, pp. 177-179 y 328-330.
[2] Morin, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII*, pp. 57, 94-96, 111, 162, 267 y 285.
[3] Pérez Escutia, *Aspectos de la vida preinsurgente de Hidalgo*, pp. 47-58.
[4] López de Lara, "Los denunciantes de la conspiración de Valladolid en 1809", pp. 18-21.
[5] Pérez Escutia, "El desarrollo de la cultura política", p. 185.
[6] Miquel i Verges, *Diccionario*, p. 194; Herrejón Peredo, *Tlalpujahua*, pp. 98-99.
[7] Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria*, pp. 73-77.
[8] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. II, núm. 55, pp. 119-120. De poco sirvió la estrategia de contención diseñada por la elite de poder económico de Angangueo pues el ímpetu de la movilización popular los hizo poner apresuradamente tierra de por medio con dirección a Toluca y la capital del virreinato, cuando la masa insurgente se aproximó a Maravatío.
[9] Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria,* pp. 75-76.
[10] Alamán, *Historia de Méjico*, t. I, pp. 221-222.
[11] Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria,* pp. 82-83 y 86-88.
[12] Guzmán Pérez, *La Junta de Zitácuaro*, pp. 57-59.
[13] Archer, "Los dineros de la insurgencia", pp. 39-55.
[14] Guzmán Pérez, "Las economías de guerra", pp. 333-335.
[15] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. II, núm. 227, p. 479. Este proceder fue parte de la estrategia general de contención instrumentada desde un primer momento por la oficialidad de las tropas coloniales para inhibir el desempeño de las fuerzas rebeldes. Al respecto véase Guzmán Pérez, "Los métodos de represión realista", pp. 323-335.
[16] Alamán, *Historia de Méjico,* t. II, pp. 427-430; Hernández y Dávalos. *Colección de documentos*, t. IV, núm. 37, pp. 7-8.
[17] Tutino, "Buscando independencias populares", pp. 291-320.
[18] Guzmán Pérez, "Las economías de guerra", pp. 334-335; Herrejón Peredo, *Tlalpujahua,* pp. 100-101. Entre los muchos proscritos que llegaron a Tlalpujahua buscando poner a salvo su vida de la mano represora del

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

régimen, figuró el vasco José María Corona quien formaba parte del grupo de servicio más allegado al virrey Francisco Javier Venegas, con el que entró en conflicto personal al parecer por los amoríos de una mujer identificada como Guadalupe Díaz, "la que su amo guardaba escondida en uno de quartos de palacio". El funcionario condenó a Corona a servir doce años en el destacamento realista de "Los Colorados" del que desertó.

[19] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. V, núm. 177, pp. 624-635; Rayón, hijo, y otros, *La independencia*, pp. 78-100.

[20] Hernández y Davalos, *Colección de documentos,* t. V, núm. 177, pp. 625, 629 y 630; Rayón, hijo, y otros, *La independencia*, pp. 80-81, 89 y 92. Una fortificación de menores dimensiones, pero sumamente importante para la estrategia de acoso a las comunicaciones y el comercio realista, se estableció en el paraje denominado Nadó, en terreno de la hacienda de Solís, jurisdicción de la Intendencia de Guanajuato.

[21] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. V, núm. 177, p. 629; Rayón, hijo, y otros, *La independencia*, p. 89.

[22] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. V, núm. 177, p. 636; Rayón, hijo y otros, *La independencia,* p. 106.

[23] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. V, núm. 65, pp. 153-155; núm. 97, pp. 242-243; núm. 125, pp. 302-303; núm. 177, pp. 634-637; t. VI, núm. 1,103, p. 954; Miquel i Verges, *Diccionario*, pp. 5-6, 18, 185, 269, 335, 487, 531-532 y 538.

[24] Guzmán Pérez, *La Suprema Junta*, pp. 93-100; Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. V, núm. 177, pp. 618-619; t. VI, núm. 1,125, pp. 964-965; Miquel i Verges, *Diccionario*, pp. 361, 468, 550 y 579-580.

[25] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. IV, núm. 92, pp. 290-291; t. V, núm. 177, pp. 619-621; Miquel i Verges, *Diccionario,* pp. 253 y 593-594.

[26] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. V, núm. 177, pp. 628-630 y 693; Miquel i Verges, *Diccionario,* pp. 432 y 511; Pérez Escutia, *Historia de la región de Irimbo*, p. 157. El bachiller Romero fue uno de los clérigos más apreciados por los hermanos López Rayón, al grado de que cuando fue aprehendido, torturado y fusilado por las fuerzas realistas de Matías Martín y Aguirre en el exterior del templo del Carmen, en el mineral de Tlalpujahua, en diciembre de 1814, Francisco López Rayón publicó una proclama *ex profeso* exhortando a los independentistas a la "venganza, sangre y destrucción contra el enemigo".

[27] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. V, núm. 177, pp. 618-636; Rayón, hijo, y otros, *La independencia*; Herrejón Peredo, *Tlalpujahua*, pp. 100-101.

[28] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. IV, núm. 115, pp. 423-425. La acción punitiva de los insurgentes incluyó la aprehensión y fusilamiento de Mariano Ferrer, varios de sus oficiales subalternos y gente de tropa "que a sus particulares crímenes añadieron el de hacer fuego después de su rendición".

[29] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. IV, núm. 151, p. 658; Rayón, hijo, y otros, *La independencia*, p. 79. En esa oportunidad Ramón López Rayón informó además haberse apoderado de armas, municiones, tabacos y reales, que en buena cuantía conducían las fuerzas virreinales a la ciudad de Querétaro.

[30] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. IV, núm. 151, p. 658; t. V, núm. 177, p. 624; Rayón, hijo, y otros, *La independencia*, pp. 79-80.

[31] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. IV, núm. 191, pp. 712-713; t. V, núm. 177, pp. 636-637; Rayón, hijo, y otros, *La independencia*, p. 107. En esta última obra se justifica en parte la derrota por la falta de pertrechos; y algunos más abundan en que las cuadrillas de José María Liceaga pudieron haber apoyado a las fuerzas al mando de Ramón López Rayón, pero no lo hicieron.

[32] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, t. V, núm. 177, pp. 637-639; Arechederreta y Escalada, "Diario de los sucesos políticos de la guerra de la independencia", t. III, p.1c; Herrejón Peredo, *Tlalpujahua,* pp. 101-102.

[33] "Los vecinos de Maravatío y Zitácuaro al virrey Félix María Calleja", Maravatío, 1 de marzo de 1814, en Archivo Histórico Casa de Morelos (en lo sucesivo AHCMO), *Negocios diversos,* leg. s/n.

[34] "El virrey Félix María Calleja al intendente de Valladolid", México, 1 de marzo de 1814, en AHCMO, *Negocios diversos,* leg. s/n.

[35] Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, t. II, pp. 85-88; Miquel i Verges, *Diccionario*, p. 342; Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria,* pp. 119-120.

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

Fincas como las de Tarimoro y Chincua, en las inmediaciones de Tlalpujahua, fueron otorgadas por el virrey Calleja como propiedad privada a personajes como el médico Patricio Humana y su hermano Manuel, en el contexto de la purga llevada a cabo tras la toma del cerro del Campo del Gallo, para reprimir a los miembros de los diferentes estratos socio económicos que se sumaron a la insurgencia.

[36] Alamán, *Historia de Méjico,* t. IV, pp. 115-116, 120-121 y 251-252; Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria,* pp. 121-125; Marín Iturbe, *Jungapeo*, pp. 17-20.

[37] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. VI, núm. 1120, p. 959; Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria*, p. 128.

[38] Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. VI, núm. 1267, pp. 1052-1053; Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria*, pp. 129-130; Marín Iturbe, *Jungapeo,* pp. 28-29. Epitacio Sánchez se relacionó pronto con varios de los más prominentes oficiales realistas como Agustín de Iturbide y Pedro Celestino Negrete y tuvo participación en las acciones para la consumación de la independencia. Mientras que José de Urbizu se asumió con una actitud titubeante y se incorporó de nueva cuenta a las fuerzas insurgentes al mando del general Nicolás Bravo, pero fue aprehendido y fusilado hacia finales de 1819. Ramón López Rayón se estableció como arrendatario en la hacienda de San Miguel Ocurio, muy próxima al fuerte de Cóporo, acompañado de varios de sus exsoldados, pero resintió el acoso de las partidas insurgentes que no aceptaron la capitulación por lo que tuvo que desistir de ese propósito integrándose a la milicia virreinal.

[39] Guzmán Pérez, *En defensa de mi patria,* pp. 136-148; Miquel i Verges, *Diccionario,* p. 332. Fue tal el encono hacia los sectores que se habían acogido al indulto que el grupo más allegado a Ignacio López Rayón, materialmente, se mantuvo errante por diversos puntos del oriente, pues "varias partidas de insurgentes recelosos ya de sus procederes le impedían la marcha llevándole la remonta por cuya causa tuvo que variar de dirección con su partida, a internarse en la tierra caliente, en donde fue despojado de las armas por el cabecilla Nicolás Bravo, quedando Rayón en clase de prisionero…" Confrontar con Hernández y Dávalos, *Colección de documentos,* t. VI, núm.1126, pp. 965-967.

[40] "Joseph Ignacio Imitola a los jueces hacedores de la catedral de Valladolid", Maravatío, 7 de marzo de 1818, en AHCMO, *Negocios diversos,* leg. núm. 3.

[41] Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, pp. 200-201. Fue tal la identificación con el proyecto de Agustín de Iturbide de varios de los antiguos líderes insurgentes del oriente michoacano, que personajes como Epitacio Sánchez tuvieron parte activa en el movimiento político-militar que llevó al vallisoletano a asumirse como el primer emperador de México en la primavera de 1822. El general Epitacio Sánchez murió en diciembre de ese año en una acción militar contra fuerzas al mando de los generales Nicolás Bravo y Vicente Guerrero, en Almolonga, en el contexto de los primeros brotes de rebeldía en contra del régimen de Iturbide.

Citas

Archivos

AHCMO Archivo Histórico Casa de Morelos, Morelia

Bibliografía

Alamán, Lucas, *Historia de Méjico. Desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, t. I, México, Editorial Jus, 1942.

Archer, Christon I., "Los dineros de la insurgencia", en Carlos Herrejón Peredo (comp.), *Repaso de la independencia. Memoria del Congreso sobre la Insurgencia Mexicana,* Morelia, Gobierno del Estado/El Colegio de Michoacán, 1985, pp. 39-55.

Arechederreta y Escalada, Juan Bautista, "Diario de los sucesos políticos de la guerra de la independencia", en *Morelos, documentos inéditos y poco conocidos*, t. III, México, Secretaría de Educación Pública, 1927.

Bravo Ugarte, José, *Historia sucinta de Michoacán,* Morelia, Morevallado Editores, 1995.

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27

Bustamante, Carlos María, *Cuadro histórico de la revolución mexicana,* t. II, México, Comisión Nacional para la Celebración del Sesquicentenario, 1961.

Gerhard, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821,* México, UNAM, 1986.

Guzmán Pérez, Moisés, *En defensa de mi patria y de mi persona… Benedicto López y su lucha por la independencia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

———, *La Junta de Zitácuaro, 1811-1813. Hacia la institucionalización de la insurgencia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1994.

———, *La Suprema Junta Nacional Americana y la independencia. Ejercer la soberanía, representar a la nación*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2011.

———, "Las economías de guerra en la independencia de México, 1810-1821", en Moisés Guzmán Pérez (coord.), *Entre la tradición y la modernidad. Estudios sobre la independencia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolas de Hidalgo, 2006, pp. 315-351.

———, "Los métodos de represión realista en la Revolución de independencia de México, 1810-1821", en Marta Terán y José Antonio Serrano Ortega, (eds.), *Las guerras de independencia en la América española*, México, El Colegio de Michoacán/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, pp. 323-335.

Hernández y Dávalos, Juan E., *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de independencia de México, 1808-1821,* t. II, [edición facsimilar de la de 1878], México, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

Herrejón Peredo, Carlos, *Tlalpujahua*, México, Gobierno del Estado, 1980.

López de Lara, Abraham, "Los denunciantes de la conspiración de Valladolid en 1809", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, Secretaría de Gobernación, núm. 1 (1965).

Marín Iturbe, Vicente, *Jungapeo en la historia,* México, Talleres Arana, 1966.

Miquel i Verges, José María, *Diccionario de insurgentes*, México, Porrúa, 1980.

Morin, Claude, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad en una economía colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

Pérez Escutia, Ramón Alonso, *Aspectos de la vida preinsurgente de Hidalgo. (Hacendado, Litigante y Administrador).* Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1991.

———, "El desarrollo de la cultura política en el oriente de Michoacán en el ocaso del régimen colonial", en Moisés Guzmán Pérez (coord.), *Entre la tradición y la modernidad. Estudios sobre la independencia,* Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2006, pp. 165-195.

———, *Historia de la región de Irimbo,* Morelia, H. Ayuntamiento Constitucional de Irimbo/Balsal Editores, 1988.

Rayón, Ignacio, hijo, y otros, *La independencia según Ignacio Rayón*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.

Tutino, John, "Buscando independencias populares: conflicto social e insurgencia agraria en El Mezquital mexicano, 1800-1815", en Marta Terán y José Antonio Serrano Ortega, (eds.), *Las guerras de independencia en la América española*, México, El Colegio de Michoacán/ Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, pp. 291-320.

Dicere • 6 (julio-diciembre 2024) • ISSN 2954-369X • DOI: https://doi.org/10.35830/dc.vi6.27